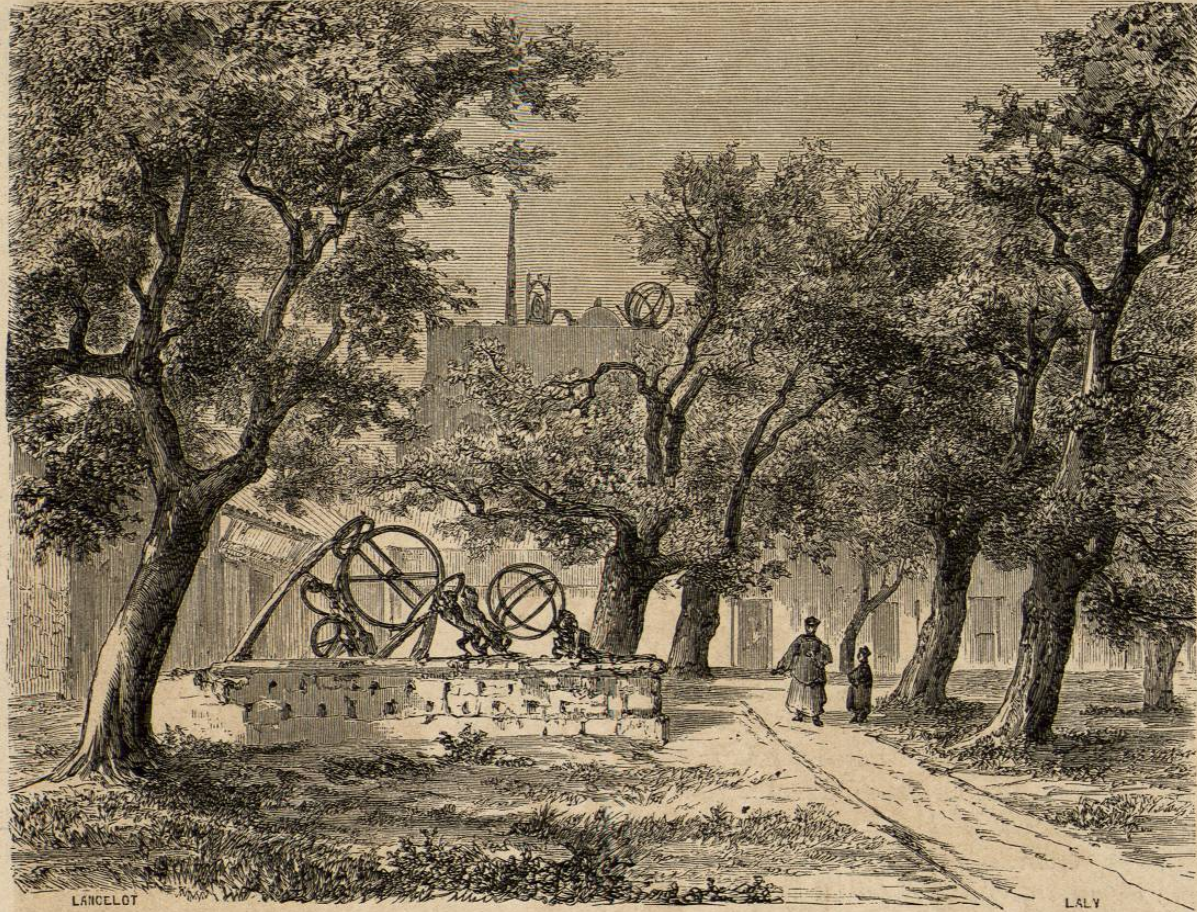


comunicar, por medio de la *Ciudad Mongólica*, la presa de agua del Norte con los fosos de la *Ciudad China*. El templo, que es al mismo tiempo un convento considerable y famoso, tiene una torre análoga por su arquitectura á la del *Pei-tha-sse*.

La plaza Mayor que se extiende hasta los muros de Noreste de la *Ciudad Amarilla* nada tiene de particular, á no ser su estension y regularidad. Su centro está adornado con una fuente de mármol; y edifi-

cios simétricos y precedidos de escalinatas monumentales la rodean por todos lados, dándole una forma perfectamente octógona.

La pagoda imperial, *Kwang-Min-Tien*, situada al Sureste de la *Ciudad Amarilla*, es una de las mas bellas y de las mas ricamente decoradas de Pekin: elévase en medio de un parque ceñido de muros, donde se vé una gran rotonda que servia antes de templo, y dos preciosos kioscos sobre la puerta prin-



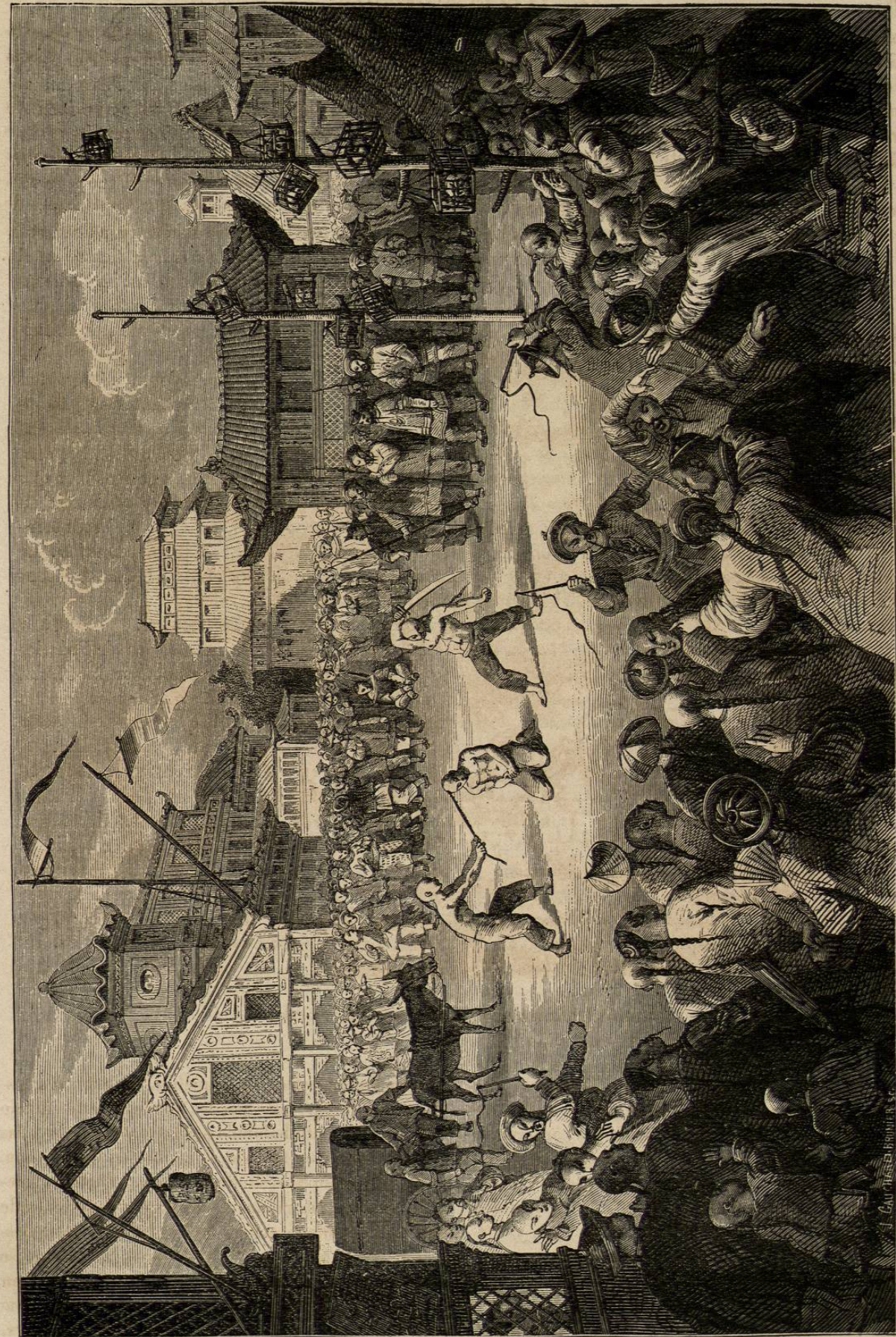
Patio del antiguo observatorio de los jesuitas en Pekin.

cial. El techo de la pagoda está completamente cubierto de tejas, color azul lápiz-lázuli, y una multitud de campanillas suspendidas de las cornisas, se hacen oír continuamente cuando el aire las agita. Los macizos apoyos que sostienen los balcones, están curiosamente pintados de colores salientes; el cuerpo del edificio es construcción de ladrillos rojos y barnizados; y banderas y linternas de todos matices, atadas á las pilastras de los balcones, se ven en todos los pisos.

En el interior hay multitud de pinturas que representan dioses y genios, como también ídolos de

madera dorada colocados en nichos. Abandonado desde mucho tiempo hace por los hombres, este edificio está ya solamente habitado por los murciélagos y las golondrinas, que fabrican sus nidos en las cornisas.

En el ángulo Sureste de la *Ciudad Tartara*, pueden verse aun las ruinas de vastas construcciones de que se componia la cuadra de los elefantes; pero desde que los manchúes, los bárbaros del Norte, se apoderaron del imperio, los nuevos soberanos han despreciado las grandiosas pompas del despotismo asiático, simbolizado en estos corpulentos animales. No obstante, queda todavía un elefante, encanecido



Ejecucion del gran mandarin Souchoun.

completamente por la edad, ciego de un ojo y sin colmillos: debe tener mas de cien años, y su existencia es una prueba irrefragable de la longevidad que se atribuye á estos colosos de la creacion. Es el último y venerable testigo de las magnificencias de aquella corte de los hijos del cielo celebrada por los misioneros y viajeros del siglo XVII.

Los establecimientos de las misiones cristianas se han multiplicado rápidamente en Pekin y han vuelto á tomar parte de su pasado esplendor. Cuéntanse ya en la capital cuatro establecimientos católicos: el *Peh-Tang*, ó mision del Norte, situado en el recinto de la *Ciudad Amarilla*, el *Nan-Tong*, ó mision del Sur, que contiene la catedral, no lejos de la puerta *Tchoen-Tche*, y las misiones del Este y del Noroeste situadas en los cuarteles correspondientes de la *Ciudad Mongólica*. Estos dos últimos, que son mas bien escuelas para los neófitos chinos, no tienen mas que una importancia secundaria, y los pasaremos en silencio; en cuanto al *Peh-Tang* y al *Nan-Tang*, que pertenecieron á los jesuitas franceses y á los franciscanos portugueses del siglo XVIII, ofrecen bastante interés para que no los describamos.

El *Peh-Tan*, situado no lejos del mar del Medio, contiene toda una serie de pabellones de un piso, separados por estensos patios, y una antigua capilla con su torre circuida de una balaustrada de hierro, rematando en un terrado sobre el cual puede subirse. Abrázase desde este alto punto un inmenso panorama: en él se han hecho los primeros ensayos fotográficos que debemos al celo del reverendo provisor apostólico.

El parque del *Peh-Tang* es magnífico y tan espacioso, que los chinos le llaman el *Bosque*; lo que nada tiene de particular para los que han visitado estos numerosos y seculares arbolados. Devuelto poco tiempo hace á las misiones francesas, este establecimiento vendrá á ser de la mas alta importancia. Habia sido asolado en el tiempo de la espulsion; pero los esfuerzos del populacho de Pekin han sido impotentes contra el recinto de la capilla hecho de un enverjado de hierro macizo. Véase en él una puerta de honor, obra monumental del tiempo de Luis XIV con columnas dóricas, hojas de acanto y dos vasos griegos sobrepuestos: el conjunto hace un singular efecto en medio de la fantástica arquitectura del pais.

Lo que el *Nan-Tang*, antiguo establecimiento de los portugueses, cedido tambien á Francia, contiene de mas notable, es la catedral católica. Este edificio construido en tiempo de Luis XV, se compone de dos torres cuadradas como las de la iglesia de San Sulpicio en París, y de un cuerpo con ventanas ojivales y puertas coronadas de florones. La catedral de Pekin se hallaba en estado de ruina, y no sin muchas y costosas restauraciones se ha podido consagrar otra vez al culto. Por fin el dia de Navidad de 1861 la

misa de media noche fue celebrada en ella con gran pompa, y los chinos alarmados pudieron oír el gong (especie de tambor), resonar en sus calles para anunciar al ministro de Francia y su familia que iban á la catedral. Un gran número de chinos católicos asistieron igualmente á la ceremonia. Desde este dia, la libertad de cultos decretada por el gobierno, fue un hecho aceptado por la poblacion.

Hay tambien en Pekin una mision rusa de la comunión griega, establecida desde hace tiempo en el ángulo Noreste de la *Ciudad Mongólica*: hay además desde 1861 otra mision protestante junto al recinto del palacio de la legacion inglesa, donde se halla instalado un gran hospital.

Si la *Ciudad Tartara* comprende un número tan considerable de interesantes monumentos, cuya enumeración descriptiva habrá parecido cansada acaso al lector, no sucede lo mismo en la *Ciudad China*, conjunto informe de casas y callejas, que mas bien que admiración causa disgusto. Con todo y por mas de un título, parecerá interesante al curioso viajero, observando las costumbres íntimas de la poblacion. La Ciudad China de Pekin es la vieja China con todas sus pintorescas fealdades.

Dejemos hablar á Mad. Bourboulon.

«He salido á caballo esta mañana con sir Federico Bruce y mi esposo, á dar un paseo por la *Ciudad China*: íbamos sin otra escolta que cuatro ginetes europeos y dos *ting-tchai* (1) lo que prueba el grado de seguridad á que hemos llegado ya en Pekin.

¿Quién hubiera podido prever esto hace dos años, cuando estaba prohibida, bajo pena de la vida á los europeos, la entrada en esta ciudad misteriosa?

La curiosidad importuna de la poblacion comienza á perderse: aun nos miran volviendo la cabeza para vernos mas tiempo; pero no somos perseguidos como antes, lo cual es un verdadero progreso, y hace, por otra parte, estos paseos mas fáciles y agradables.

Hemos salido de la *Ciudad Mongólica* por la puerta de *Tien*, y siguiendo el ancho arrecife que separa las dos ciudades, hemos entrado en la *Ciudad China* por la puerta de *Tchoen-Tche*.

Desembocamos entonces en la avenida del Este que es de bastante anchura y de regulares edificios: numerosas tiendas de comerciantes de sedería, de porcelana y de laca se ofrecen á ambos lados de la calle; cada comerciante tiene delante de su puerta una gran tabla de 10 á 12 pies de altura y cuidadosamente barnizada, en la cual y con gruesos caracteres anuncia al público los géneros que vende. Esta serie de pilastras colocadas de una y otra parte á lo largo de las casas y á una misma distancia, produce la mas agradable perspectiva y da á sus largas calles la apa-

(1) Mensajeros chinos agregados al servicio de las legaciones europeas.

riencia de una decoración teatral. El uso de estos grandes anuncios es comun en todas las grandes ciudades de la China.

Adelantando en la avenida del Este, tuvimos que ladear rápidamente nuestros caballos para evitar el encuentro de una enorme máquina que venia hácia nosotros, conmoviendo á su paso los edificios y aun el suelo que temblaba ostensiblemente.

Figurasos doscientos caballos lo menos enganchados en forma de abanico y por medio de un cable casi tan grueso como el cuerpo de un niño, á un carro en que va un gigantesco monolito. Para combinar la simultaneidad de los esfuerzos que les permite trasportar pesos enormes, los chinos tienen una habilidad maravillosa.

Nada mas singular que la manera de que se valian los carreteros para animar y dirigir sus caballos: los latigazos y las voces se sucedian con un orden admirable y el jefe del trabajo, el ingeniero pudiéramos decir, marchando hácia atrás delante de la enorme máquina, iba haciendo con el brazo cierta imperiosa telegrafía, al modo que un capitán de navío á bordo mandando una difícil maniobra.

Llegamos al extremo del camino, á una gran encrucijada que forman la avenida del Este y la calle Mayor que atraviesa la *Ciudad China* de Oriente á Occidente, terminando por via directa en las puertas de *Conan-Tsu* y de *Cha-Cona*.

Esta populosa encrucijada toma un carácter muy particular por la multitud de revendedores campesinos que vienen á ofrecer al público su caza, carne y sobre todo legumbres. Observé, entre otras cosas, una gran cantidad de cebollas y coles que se elevaban casi á la altura de las puntas de las casas. Los labriegos y labriegas sentados en tierra sobre esteras de junco, ó en taburetes de madera, fumaban tranquilamente en sus pipas; mientras que las viejas y mezquinas mulas como los asnos, completamente pelados, que trasportaran las mercancías, divagaban en el mercado en medio de la multitud alargando el cuello para coger al paso las legumbres ó yerbas menos guardadas.

A cada paso los habitantes de la ciudad con su aire indolente y pretencioso, y armados de abanicos, por cuyo medio protegen su tez pálida, harinosa, de los ardores del sol, se encuentran con robustos campesinos de rostro atezado, cubiertos con anchos sombreros de paja y calzados de sandalias.

Un pabellón situado en medio de la encrucijada y guarnecido de un encerado de papel untado con aceite, contiene un puesto de soldados de policía, cuya mision es conservar el orden en el mercado.

No sabíamos cómo guiar nuestros caballos en medio de aquella barahunda, á quien los enérgicos gritos y las imprecaciones de nuestros *Ting-tchai* pu-

dieron al fin poner en orden: entonces ganamos las inmediaciones del pabellón de policía esperando estar allí mas tranquilos y tener consejo sobre la dirección que era mas conveniente seguir.

Apenas habíamos permanecido allí algunos instantes, cuando mi caballo empezó á retroceder y á rehuir inquietamente. En vano procuraba apaciguarlo empleando todos los medios conducentes: de seguro habia visto algo que lo espantaba. Levanto maquinalmente la cabeza, y un espectáculo horrible se ofreció á mis ojos.

Por detrás, pero muy cerca de nosotros, habia enclavadas en tierra una serie de pértigas ó mástiles de que pendian unas como jaulas de bambú entreviéndose en cada una de ellas una cabeza humana, cuyos ojos sombríos pero circularmente abiertos me miraban espantosamente; sus bocas estaban descompuestas por visajes fieros, sus dientes apretados por la agonía del último momento, y la sangre corria gota á gota á lo largo de los palos, de los cuellos recientemente cercenados.

Al instante tomamos la determinación de partir á escape de allí para sustraernos á aquella carnicería horrorosa, en la cual he de pensar por mucho tiempo aun en mis insomnios.

Y parece que he sido afortunada en no ver mas de lo que he visto: espuesta estuve, á causa de no conocer los lugares, á asistir á escenas de mas horror todavía.

Los desgraciados cuyas cabezas estaban así espuestas á la vindicta pública (y eran mas de cincuenta) pertenecian á una partida de bandoleros de las cercanías de Pekin, que habian sido presos poco hacia y cuya ejecución tuvo lugar la víspera de nuestro paseo. Habíanse fabricado cajas nuevas para la esposición de sus cabezas, que, no habiendo sufrido aun descomposición, no exhalaban ninguna fetidez.

Algunos dias antes, segun se me ha contado despues, un jóven de la legacion pasó por la encrucijada y se vió precisado á huir de ella por el pestilente olor de los despojos humanos: las cajas ya podridas se habian descompuesto, y algunas cabezas habian venido al suelo, quedando otras suspendidas de sus largas colas.

Tal es el uso de la implacable ley china, indigna por cierto de un pueblo tan civilizado por otro estilo. Pero estas bárbaras costumbres datan de los tiempos mas lejanos, y los chinos dejan sus ocupaciones para venir á presenciar los suplicios. Mientras que nosotros nos alejábamos de este siniestro espectáculo, la multitud afanosa de compradores y revendedores, ventilaba sus intereses gritando, riendo, rabiando, sin dignarse echar una mirada á las cabezas de los muertos suspendidas sobre las suyas.

Por fin respiré libremente cuando dejamos atrás al-

gunos centenares de pasos la encrucijada de las ejecuciones.

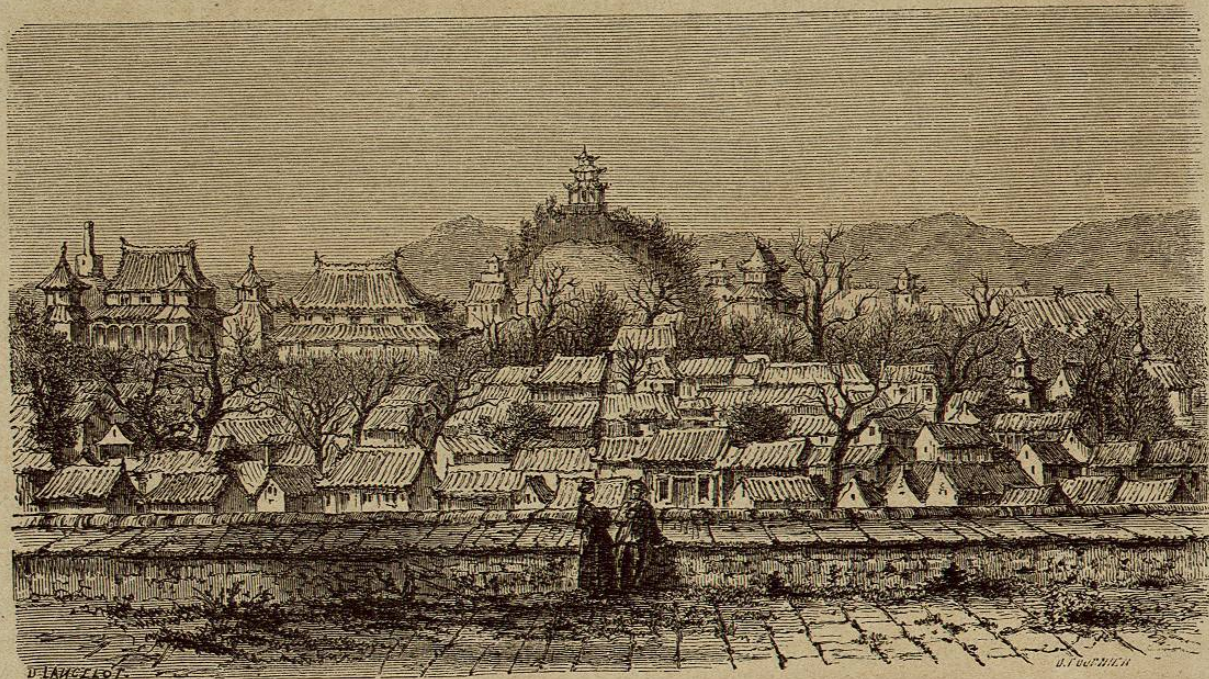
Ansia tenía de entrar en la legacion y torcimos á la izquierda por evitar un gran rodeo, yendo á parar á la gran avenida del medio de la *Ciudad china* por el cruce que forma con la de *Cha-Cua* en que nos encontrábamos.

Esta calle, cuyo nombre no recuerdo, va á terminar á la gran avenida que está cerca de la puerta de *Tien-Men*; pero es de tal modo estrecha y está emba-

razada de gente y animales de modo tal, que necesitamos mas tiempo para pasarla, que si hubiéramos seguido las calles rectas.

A menos de tener mucho tiempo que perder, ó deseo de observacion que halagar, lo mejor es no dejar las anchas calzadas que surcan la ciudad por los cuatro puntos cardinales. De otro modo se sabe el momento de partir, pero no cuándo se volverá.

La calle que acabamos de tomar y que yo llamaré calle de los *merceros* y *libreros* á causa del género de



Vista de Pekin desde la muralla del Sur.

comercio á que se dedican sus habitantes, es una de aquellas en que es mas difícil la circulacion. A cada paso encontrábamos procesiones, casamientos, entierros, turbas de papanatas rodeando á algun hechicero, ó charlatan, ó revendedor de baratillo.

Las casas, de un solo piso, están todas compuestas de un almacén y una trastienda. Allí se ven infinidad de libros en anaqueles ó en el suelo, estampas colgadas en los techos, cartas geográficas en rollos, caricaturas y carteles pegados á los bastidores de las puertas y ventanas. En estas tiendas se venden tambien ó alquilan periódicos, entre otros la *Gaceta de Pekin*. Véanse además en algunas de ellas y en puestos de honor ciertos libros viejos de mil colores, y pinturas con hojas de árboles. Estas pinturas, que no se venden sino á elevados precios, se obtienen macerando las hojas para destruir en ellas la parte rígida; despues de esta operacion se les unta con un barniz

de polvo de talco, y cuando se secan ofrecen láminas á propósito para estos abigarrados dibujos.

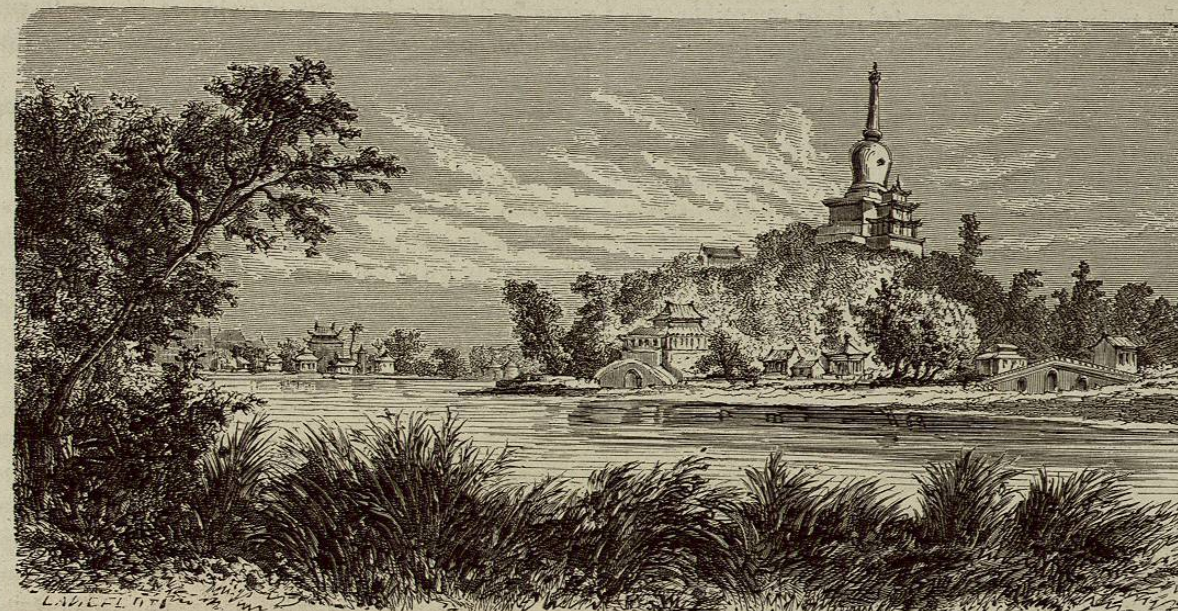
Las tiendas de los merceros ofrecen á la vista de todos y al gusto del consumidor un revoltillo de mercancías menudas, como cuentas y bujerías de vidrio, diges, botones, alfileres, adornos y cuantos objetos baratos pueden cautivar el gusto de las gentes del pueblo.

Pero ¿qué ruidosa música es esta que se oye de pronto? Una cencerrada de flautas, de trompas, de *tan-tan* y de instrumentos de cuerda que viene á solemnizar las honras funerales de uno de los mas ricos comerciantes del cuartel.

Hé aquí su casa, ante cuya puerta la administracion de las pompas fúnebres (que tambien la hay en Pekin) ha levantado un arco triunfal con un armazon de madera, revestido con esteras viejas y algunos retazos de telas. La familia doliente ha instalado en la

puerta á los músicos para anunciar su dolor aporreando los tímpanos de los pasajeros. Pero nosotros aceleramos el paso para no ser envueltos por este cortejo

interminable y ruidoso: el dia mas bello de la vida de un chino es sin duda el de su muerte; privase de todas las comodidades, trabaja sin tregua ni reposo.



Vista de Pei-tha-sse.

economiza con mil angustias durante toda su vida por tener un pomposo entierro.

Aun no hemos salido de esta maldita calle. Hé aquí

todavía otra gran turba que nos cierra el paso: acaban de fijar unos anuncios en la puerta del jefe de la policia del barrio, y los leen en alta voz declamándo-



El mar del norte y el templo de Fa-qua.—De fotografia.

los ampulosamente, mientras que se oyen mil comentarios, mas implacables que el testo, entre sarcásticas carcajadas.

¿Qué ha hecho ese infeliz para provocar la vindicta popular?

La libertad del sarcasmo, de la invectiva, de la ca-